

# Como el Rey Midas

## Hija de la Fortuna

Isabel Allende. Editorial Sudamericana, Barcelona, 429 páginas.

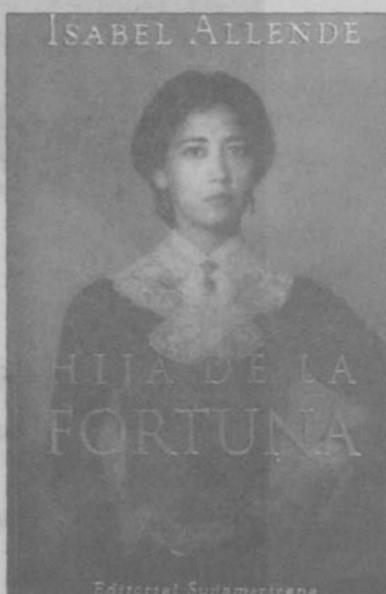
por Javier Edwards Renard

**A** caballo entre las aguas del realismo mágico latinoamericano y el prodigio en clave medio oriental, también buscando infructuosamente una salida hacia los códigos de una escritura diversa, más propia, menos en deuda con las tendencias que le han servido de apoyo, Isabel Allende es, sin duda, un verdadero fenómeno literario.

Hace ya 17 años, escribió una suerte de *re-make* de *Cien años de soledad*, la ya clásica novela del colombiano García Márquez, y le agregó todo lo que tenía para contar: su anécdota personal y familiar, una metáfora de la historia política chilena de los años 70 y, por último, toda la pasión y convencimiento que tenía frente a sus dotes de escritora. El resultado fue un relato que, metido en la horma del realismo mágico, logró convencer por su honestidad y seducir a millones de lectores en el mundo entero combinando, con artes de hechicera y premonición de pitonisa, los elementos de su receta-para-un-libro-exótico (según la exigencia del mercado europeo) y la oportuna información sobre su parentesco con el fallecido Presidente Allende. Después de ello, elevada a los profanos altares del éxito editorial, la escritora se ha prodigado publicando cuatro novelas, una colección de cuentos, un libro de memorias y otro de recetas de cocina.

Y es que, si resulta innegable que Isabel Allende escribe con facilidad asombrosa, no es menos cierto que, después de *La casa de los espíritus*, su obra es poco más que la repetición de una fórmula hipnotizante, puro sonido, entretención fácil y musical, como una balada popular. Lenguaje lleno de tics, íconos, arquetipos, aventuras y acción descabelladas, pegadas por el artificio de un verbo meloso y poco plausible que ha logrado con eficiencia imperdonable trivializar el aporte de García Márquez, de Rulfo, de Carpentier. Si *Cien años de soledad* representó la conquista de un lenguaje para expresar una realidad que desbordaba el castellano, *La casa de los espíritus* se quedó sólo en el gesto, en la apariencia de la metáfora; si *Pedro Páramo* mostró una particular percepción de tiempo, de vida y muerte, la *Eva Luna* de Allende se contentó con el prodigio fácil de una magia inverosímil.

Después de *El plan infinito*, una novela sin rumbo, aburrída hasta para sus más fieles seguidores; de un libro personal del que no corresponde comentar algo (Paula), y un adornado libro de recetas culinarias, Isabel Allende vuelve al número uno de ventas con su última novela *Hija de la Fortuna*. En esta oportunidad, nos cuenta una historia ambientada a mediados del siglo pasado en el puerto de Valparaíso y la California bullente de buscadores de oro. Un relato sobre: amores frustrados y algo cursis; anécdotas familiares porteñas (ingleses inmigrantes, terratenientes de origen hispano, mamás indígenas fieles hasta la muerte); vendedores de biblias; barcos a vela y a vapor; travesías por el Pacífico; negociantes visionarios e ilusos. Texto en el que la escritora hasta se da el lujo —quizás por afición personal o por sus conocimientos de la cultura china trasplantada a San Francisco, donde vive



actualmente— de contarnos con imaginario detalle las vicisitudes de la vida de Tao Chi'en, médico, viudo, cocinero, filósofo de la vida y amigo leal de Eliza Sommers en la búsqueda de su amor infortunado.

Hay que valorar la facilidad narrativa de Isabel Allende, cierta falta de pudor que le permite tomar formas e historias allí donde las encuentre y piense que le sirven; tampoco debe subestimarse su capacidad para engatuzar al lector ingenuo. Ello muchas veces constituye ese don envidiado por los escritores y que, sin embargo, puede convertirse en arma de doble filo, como el poder del Rey Midas: tanta facilidad termina por vaciar de significado el objeto, de matar el sentido. Y esta suerte de vacío, ese oro inevitable que termina por perder su valor, queda reflejado en una novela en la que la trama, los personajes, la historia se ven atrapados por la repetición *ad infinitum* que Isabel Allende hace de sí, ya no de García Márquez: "Sobre el mismo sillón donde cayó la peluca, le ofrecería Rose su virginidad un par de días después, exactamente a las tres y cuarto de la tarde"; "Empezaron por darse besitos llorosos en la cara como picotones de palomas..."; "... y aprendía las antiguas recetas para curar males conocidos y otros por conocer, incluyendo la mostaza para la indiferencia de los asuntos cotidianos, hoja de hortensia para madurar tumores y devolver la risa, violeta para soportar la soledad..."; o "En los años de la guerra al viejo *zhong yi* se le descompuso el alma y perdió la serenidad tan arduamente conseguida a lo largo de su existencia", son sólo una milésima muestra de ese decir automático en el que la verdad de los personajes y sus circunstancias es aniquilada por un prodigio con olor a añejo, por la insistencia en que ellos se envenenen "tragando oro" o se sienten "en la brisa estival a contar estrellas".

Celebro, de algún modo, que Isabel Allende dispute con Barbara Wood posiciones en el ranking de ventas y los amantes de best sellers lean sobre Valparaíso y hierbas mágicas; coincido inevitablemente con los más pudorosos escritores de la nueva generación chilena que abominan de Macondo y prefieren refugiarse en el realismo a secas, aunque ello venda menos.